

Héctor Pérez-Brignoli\*

## ⇒ El fonógrafo en los trópicos: sobre el concepto de *banana republic* en la obra de O. Henry\*\*

### I

El término *banana republic* es hoy de uso corriente. Ha sido incorporado a los diccionarios de lengua inglesa con tres connotaciones distintas aunque complementarias: a) país pequeño, especialmente en América Central, especializado en la exportación de bananas (o de otro producto tropical); b) país dominado por intereses extranjeros, representados por unas pocas compañías dueñas de grandes concesiones; y c) país con un gobierno inestable, usualmente dictatorial, en el que se presentan revoluciones frecuentes y una continua presencia de los militares en la política (Hirsch *et. al.* 2002; Collins 2004). Más recientemente, la connotación se ha extendido a sinónimo de corrupción y manipulación en la política. El conocido economista Paul Krugman escribió hace poco: “many states [en los Estados Unidos] are being run like banana republics”<sup>1</sup>, mientras que un biólogo aplicó el término para caracterizar la forma en que en los Estados Unidos se distribuían los fondos para investigación en ese campo (Petsko 2002). Y en 1998 un descorazonado periodista comentaba titulares de la prensa paraguaya en que se aseguraba, citando al *Washington Post*, que Paraguay era la “última República bananera” (Romero Sanabria 1998). Para concluir la galería recordemos el titular de una noticia originada en Australia el 1º de marzo de 2006: “China could become a Banana Republic”; el cable comentaba un estudio del Australian Strategic Policy Institute, una de cuyas conclusiones prevenía sobre las consecuencias que tendría el desarrollo de un régimen democrático en China; se argumentaba que la creciente desigualdad en los ingresos podría producir “a populist regime which would suspend economic reform and plunge the country into the kind of inflationary crises which have characterised Latin America for much of the modern era”<sup>2</sup>. Las citas podrían multiplicarse pero bastan para ilustrar la actualidad

---

\* Héctor Pérez Brignoli es profesor emérito de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica). *Publicaciones recientes*: Historical Atlas of Central America (con Carolyn Hall) (2003); “La población”, en: UNESCO: Historia General de América Latina, Vol. VI. (2004); “Les populations indiennes de l’Amérique latine en tant que minorités ethniques. Vue depuis l’Amérique centrale” en G. Brunet, M. Oris et A. Bideau (eds.): Les minorités. Une démographie culturelle et politique, XVIII<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècles (2004). Correo electrónico: hperez@cariari.ucr.ac.cr.

\*\* Agradezco las sugerencias y comentarios de mis colegas Werner Mackenbach e Iván Molina Jiménez.

<sup>1</sup> *New York Times*, 30.07.2002.

<sup>2</sup> En: <<http://www.theage.com.au/news/Business>> (16.03.2006).

del concepto, sinónimo creciente de un “otro” negativo, caracterizado por la corrupción, la arbitrariedad y la indecencia.

El término fue utilizado por primera vez en 1904, en la obra de O. Henry, *Cabbages and Kings*. La cita textual dice: “At that time we had a treaty with about every foreign country except Belgium and that banana republic, Anchuria” (O. Henry 2002 [1904]: 217). Las historias entrelazadas que componen este libro transcurren precisamente en Anchuria, nombre literario de la República de Honduras; en ellas se va elaborando, como veremos pronto, una caracterización detallada de una república bananera típica. La imagen literaria elaborada por O. Henry tiene un *alter ego* en *Nostramo*, una importante novela de Joseph Conrad publicada también en 1904. Aunque Conrad no llega a incluir el término de *banana republic*, sus personajes y escenarios forman parte de la misma galería y el mismo universo.

El propósito de este artículo es trabajar sobre la representación literaria de O. Henry como un primer paso hacia la deconstrucción histórica del concepto de *banana republic*. Hay dos razones de peso que justifican esta empresa intelectual. La primera es que en los Estados Unidos y Europa nos han visto y nos siguen viendo a través de la noción de *banana republic*; aunque en principio éste es un lente pensado para las pequeñas repúblicas centroamericanas, en el límite, toda América Latina cae también dentro de esa representación. La segunda, es que los centroamericanos e incluso los intelectuales latinoamericanos, también perciben sus propios países como *banana republics*. Y en el límite, también aparece con frecuencia un ejercicio típico de demarcación: nosotros no somos una *banana republic*, hay otros, en cambio, que sí lo son.

## II

O. Henry es el nombre literario de William Sydney Porter (1862-1910). Nacido en Greensboro, Carolina del Norte, migró a Austin, Texas, trabajando como oficinista, periodista y empleado de banco. En 1894 fue acusado por un desfalco y huyó a Honduras; volvió a Texas en 1897 para ver a su esposa moribunda y se entregó a la justicia. Estuvo preso en Ohio entre 1898 y 1901. En la prisión comenzó a escribir cuentos y relatos cortos. Luego se radicó en Nueva York, donde vivió sus últimos años, sumergiéndose cada vez más en el alcohol. Publicó 282 relatos en revistas y periódicos, alcanzando pronto gran popularidad. *Cabbages and Kings* (1904) fue su primera y única novela. Los cuentos y relatos fueron compilados en 13 libros: *The Four Million* (1906), *The Trimmed Lamp* (1907), *Heart of the West* (1907), *The Voice of the City* (1908), *The Gentle Crafter* (1908), *Roads of Destiny* (1909), *Options* (1909), *Strictly Business* (1910), *Whirligigs* (1910) y *Let Me Feel Your Pulse* (1910). Luego de su muerte aparecieron: *Sixes and Sevens* (1911), *Rolling Stones* (1912) y *Waifs and Strays* (1917). Los relatos de O. Henry combinan tramas humorísticas o tragicómicas, con un lenguaje sencillo y directo, pero incisivo y a menudo sarcástico. Los ambientes y escenarios son contemporáneos del autor, y nos llevan desde la vida fronteriza en el Far West a la selva urbana neoyorquina, pasando por el trópico bananero de América Central.<sup>3</sup> En general, los relatos se refieren a

<sup>3</sup> La mayoría de los relatos son de ambiente urbano; le siguen los del Lejano Oeste. Sólo en *Cabbages and Kings*, O. Henry se ocupó de América Central.

episodios de la vida cotidiana donde algún suceso trivial cobra una importancia inusitada. Entre los personajes sobresalen los pícaros, y el cuadro de costumbres se combina a menudo con la crítica social, siempre en relatos breves, donde seres comunes viven sus vidas sin entenderlas mucho.

El éxito de público de O. Henry no fue acompañado de una valoración positiva por parte de la crítica literaria; en Estados Unidos fue considerado un escritor superficial, ligero, aunque siempre se admiró su destreza como cuentista. Los formalistas rusos, en cambio, lo admiraron; Boris Eijenbaum publicó en 1927 un penetrante análisis de sus técnicas literarias. (Eijenbaum 1968 [1927]). En castellano la obra de O. Henry es poco conocida; la difusión se limita a algunas traducciones de sus cuentos<sup>4</sup> y a una vieja y agotada edición chilena de *Cabbages and Kings*, publicada con el título de *Coles y Reyes* (1944a).<sup>5</sup>

*Coles y Reyes* es una novela construida a partir de una serie de relatos publicados previamente en diversas revistas. Como mostró Paul S. Clarkson (1935), el esqueleto de la novela está en el cuento “Money Maze” publicado en 1901; O. Henry intercaló varios episodios, uniformando los nombres de personajes y lugares, los cuales variaban, como es de esperar, en las publicaciones previas concebidas mucho antes de que la novela cobrara forma definitiva; además rescribió algunas partes.<sup>6</sup> El resultado final fue una obra con un prólogo y 18 capítulos, el último de los cuales, “The Vitagraphoscope”, oficia de epílogo. El título se origina en los versos que dice la morsa en diálogo con el carpintero en el libro de Lewis Carroll, *Through the Looking-Glass and What Alice Found There*:

“The time has come,” the Walrus said,  
 “To talk of many things:  
 Of shoes and ships and sealing-wax  
 Of cabbages and kings  
 And why the sea is boiling hot  
 And whether pigs have wings.”

Estos versos y el prólogo, escrito por el “carpintero”, fijan la tonalidad básica de la obra: una serie de historias en que se mezclan lo real y lo maravilloso, cuyos “hilos invisibles se extienden muy lejos, cruzando el océano” (O. Henry 1944a: 14), bajo un cielo de estrellas tropicales. El escenario: la “voluble república de Anchuria”, una ingeniosa metáfora literaria de la república de Honduras; la intriga: algo que se parece a una ópera cómica. En el epílogo O. Henry evoca de nuevo el *vaudeville*:

La opereta es intrínsecamente episódica y discontinua. Los espectadores no esperan un desenlace, les basta con la trama trunca que cada cuadro presenta. A nadie le importa cuantos amores haya tenido la cantante, con tal que pueda afrontar satisfactoriamente las candilejas y sos-

<sup>4</sup> Entre otras, O. Henry (1923), (1954) y (1979).

<sup>5</sup> En las citas textuales sigo esta edición chilena, única existente por ahora en español. En ciertos casos he modificado la traducción de algunas palabras, cotejando con el original en inglés.

<sup>6</sup> El capítulo VII, titulado “Money Maze” (el misterio del dinero) es una versión enteramente rescrita ya que el cuento original es el que dio origen a la trama básica de la novela. Ver Clarkson (1935).

tener una o dos notas altas. Al auditorio no le importa que los perros saltarines vayan a parar a la perrera apenas hayan terminado con la última pirueta [...] Por lo tanto, no levantemos el telón para revelar el cuadro de los amantes venturosos sobre un fondo de villanías derrotadas...” (199).

Y acto seguido reproduce una carta dirigida a Frank Goodwin, uno de los protagonistas de la novela, en la cual se aclaran los equívocos y se revela lo que realmente ocurrió. En vez de un desenlace siguen tres cuadros cinematográficos: “La última salchicha”, ubicado posiblemente en Nueva York; “Letras sobre la arena”, situado en Niza; y “La selva y tú”, ubicado en Anchuria, casi en el mismo lugar donde comenzó el prólogo. En ellos el lector puede ver dónde quedaron algunos de los caracteres centrales de la novela. Es obvio que O. Henry ha pensado su novela con la estructura discontinua y episódica de un *vaudeville*, haciendo coincidir, de este modo, la forma con el contenido del relato.

### III

La trama principal de *Coles y Reyes* se detalla a continuación. El presidente de Anchuria, Ramón Ángel de las Cruces y Miraflores, es depuesto y huye con cien mil dólares del tesoro nacional junto con Isabel Guilbert, bella cantante de operetas originaria de Nueva Orleans. Cuando llegan a Coralio, el puerto bananero de Anchuria, son arrestados por “Shorty” O’Day un detective contratado por la Republic Insurance Company y conducidos a Nueva York. En realidad, el detective los ha confundido con J. Churchill Wahrfield y su hija; éste era el fugitivo presidente de una compañía de seguros, quien tras un desfalco había escapado hacia Anchuria. El verdadero J. Churchill Wahrfield es a su vez confundido con el fugitivo Miraflores y detenido por Frank Goodwin y sus amigos revolucionarios; en la confusión J. Churchill Wahrfield se suicida. Goodwin toma la valija con el dinero y un mes después se casa con la supuesta Isabel Guilbert, quien en realidad es la hija de Wahrfield; enseguida, pero en secreto, Goodwin devuelve el dinero robado a la compañía. Wahrfield ha sido enterrado en Coralio como si fuera Miraflores mientras que su hija, ahora señora de Goodwin, sigue haciéndose pasar por Isabel Guilbert. Los elementos de esta intriga son expuestos en los primeros capítulos de la novela pero el verdadero desenlace y las confusiones sólo se aclaran al puro final de la obra. Entremedio, se intercalan diversas historias y una variada galería de personajes que ilustran la vida en la *banana republic* de Anchuria.

La estructura narrativa de *Coles y Reyes* se especifica en la tabla adjunta. Los capítulos de la obra se pueden clasificar en cuatro ejes temáticos distintos. El primero es el de la trama principal que comienza en el prólogo y sigue en los capítulos I, III, IV, VII, XI, XVII y XVIII. Los tres ejes siguientes interpolan diferentes relatos dentro de la trama principal, introduciendo nuevos personajes y situaciones en el escenario de Anchuria u otras tierras tropicales. Agregan colorido y mantienen la tensión narrativa ya que, como se explicó antes, los misterios del hilo principal solo se aclaran en las últimas páginas de la novela. El segundo eje se puede denominar “aventuras de gringos pícaros en Anchuria y otras tierras tropicales”. Los personajes principales son gringos pícaros y aventureros que siempre salen bien librados de engaños y ocurrencias, donde las víctimas y los burlados son siempre nativos de Anchuria; estos relatos aparecen en los capítulos VI, X, XII, XIII y XIV. El tercer eje podría llamarse “personajes de Anchuria”, y aparece en los capítulos VIII, IX, XV y XVI. El cuarto eje corresponde a episodios de “penas de amor”;

los dos cónsules de los Estados Unidos en Coralio que aparecen en la novela, son jóvenes que han llegado hasta esas tierras para olvidar desencuentros amorosos; las vicisitudes de estos personajes se narran en los capítulos II y V.

### Estructura narrativa de *Cabbages and Kings*

<b>Trama principal</b>	<b>Aventuras de gringos pícaros</b>	<b>Personajes de Anchuria</b>	<b>Gringos con penas de amor</b>
Prólogo por el carpintero			
Cap. I: "Cacería de zorros"			
			Cap. II: "El loto y la botella"
Cap. III: "Smith"			
Cap. IV: "Capturados"			
			Cap. V: "El desterrado de amor N.º 2"
	Cap. VI: "El fonógrafo y su secreto"		
Cap. VII: "El misterio del dinero"			
		Cap. VIII: "El Almirante"	
		Cap. IX: "La inestimable bandera"	
	Cap. X: "El trébol y la palmera"		
Cap. XI: "Los despojos del código"			
	Cap. XII: "Zapatos"		
	Cap. XIII: "Barcos"		
	Cap. XIV: "Maestro del arte"		
		Cap. XV: "Dicky"	
		Cap. XVI: "Rouge et noir"	
Cap. XVII: "Dos recuerdos"			
Cap. XVIII: "El Vitagrafoscopo"			

El segundo eje contiene cuatro relatos. El primero (cap. VI) se refiere a la introducción del fonógrafo en Anchuria por Billy Keogh, un fotógrafo *free-lance* y Henry Horse-collar, un mestizo cherokee. El aparato y los discos llaman mucho la atención; otro gringo aventurero, Homero P. Mellinger, secretario y espía del presidente Miraflores, los contrata para amenizar un banquete al cual asisten una gran cantidad de notables en el puerto de Solitas; durante el evento Mellinger desenmascara un complot contra el presidente y con la ayuda de Billy y Henry logra, no sólo escapar, sino detener a todos los revolucionarios. Como recompensa compra el fonógrafo por un precio exorbitante y lo conserva durante toda su estadía en Anchuria.

El segundo relato (cap. X) es la historia de Jimmy Clancy, un irlandés socio de Billy. Clancy narra su aventura en Guatemala, donde estuvo “haciendo revolución” (O. Henry 1944a: 111). Se embarcó en Nueva Orleans, en un barco cargado de armas, creyendo haber sido contratado como soldado de fortuna por el general De Vega. En realidad, ha sido contratado para trabajar en la construcción del ferrocarril. Cuando llega no tiene más remedio que hacerlo, en condiciones muy duras. A los dos meses se le presenta la oportunidad de huir, regresando a Puerto Barrios. Sube clandestinamente a un barco bananero y se acomoda entre los racimos. Allí se encuentra otra vez con el general De Vega, quien ahora huye de una revolución fracasada. Cuando llegan a Nueva Orleans se encuentra con un policía municipal amigo; De Vega es capturado y obligado a trabajar con los reos de la prisión local. Es la venganza de Jimmy Clancy; el trébol irlandés se ha burlado de la palmera tropical.

El tercer relato, en los capítulos XII y XIII, es una historia de zapatos. Un empresario llega a instalar una surtida zapatería en Coralio, donde sólo los extranjeros no van descalzos. Las perspectivas del negocio son pues muy malas. El cónsul Atwood y Billy salvan la situación haciendo venir un embarque de abrojos<sup>7</sup>, los cuales ellos mismos desparan por las calles, en forma secreta, durante la noche. Los habitantes de Coralio toman las espigas como una invasión de arañas extrañas y, una vez que descubren los beneficios del calzado, corren masivamente a comprar zapatos. Así, el negocio se salva y Atwood encuentra la ocasión de resolver sus penas de amor.

El cuarto relato (cap. XIV), de nuevo tiene como personaje a Billy, más su amigo White, un pintor neoyorquino. Billy lo hace venir a Coralio cuando el presidente Losada está en la cumbre de su megalomanía: “En cada ciudad hacía erigir su estatua adornada de largas leyendas que celebraban su grandeza. En el frontispicio de cada edificio público había placas alusivas a su esplendor y la gratitud de sus súbditos. Sus estatuillas y retratos, diseminados por todo el país, se encontraban en cada casa o choza. Un adúlador de su corte lo había pintado como un San Juan, con aureola y séquito de acompañantes en uniforme de gala...” (O. Henry 1944a: 155). Losada manda llamar al pintor y le encarga un retrato; White lo pinta siguiendo sus deseos: vestido como Júpiter, con Washington a un costado, nubes, ángeles y cañones como decoración de fondo. Billy, que lo ha planeado todo, está encantado y se prepara para cobrarle al presidente la suma de diez mil dólares por el cuadro. Losada los paga pero White, en un ataque de sinceridad artística,

<sup>7</sup> Se trata de *cockleburrs* (*Xanthium strumarium*), mala hierba de América del Norte que produce pequeños frutos muy espinosos. En la edición disponible en español (O. Henry 1944a) *cockleburrs* ha sido traducido, incorrectamente, como almendrucos.

rompe el cheque y destruye el cuadro. Mientras White regresa a Nueva York, Billy se dirige al interior de Anchuria para comerciar con los indígenas, cambiando clavos y tachuelas por polvo de oro.

Las historias de los personajes de Anchuria, nuestro tercer eje temático, se centran en personajes fuertemente contrastantes. El primero (cap. VIII y IX), Felipe Carrera, es un joven trabajador del puerto, cumplido pero algo tonto, quien es nombrado almirante, en una humorada del ministro de Guerra, don Sabas Plácido. El único barco de la “armada” es un viejo bergantín decomisado a unos contrabandistas y rebautizado *El Nacional*; Felipe Carrera, con un grupo de negros caribes, lo pinta y acondiciona. Como no reciben ninguna paga del gobierno, se ganan la vida cargando bananos en Coralio. Todo sigue igual hasta que un día estalla una revolución encabezada por don Sabas Plácido. El ejército no la apoya y estalla la guerra civil. Poco después el almirante recibe un telegrama ordenándole navegar hasta la desembocadura del río Ruiz con provisiones. Carrera obedece y ancla en el río. Poco después llegan, huyendo, Plácido y dos cómplices más; la revolución ha fracasado. Piden ir hacia Coralio y cuando llegan exigen trasbordo a un barco de la compañía bananera Vesubio. El almirante pretende entregarlos a las autoridades y trata de dirigirse hacia la playa, pero Sabas Plácido lo mata. Una vez que los revolucionarios se embarcan en el barco de la Compañía Vesubio, devuelven el bergantín a los negros caribes quienes enfilan hacia la costa. El contrapunto entre el ingenuo pero sincero “almirante”, que los habitantes de Coralio llaman “pobrecito loco”, y el corrupto ministro Sabas Plácido, se repite en los capítulos XVI y XVII entre Dicky Malone, en realidad un hijo del antiguo presidente Olivarra, y el dictador Losada. En este caso, Dicky ha sido educado en Yale y llega a Coralio con una peluca pelirroja, en un viaje financiado por la Compañía Frutera Vesubio. La frutera está en conflictos con el dictador Losada pues éste ha comenzado a aplicar un impuesto a los bananos exportados. Al final estalla una colorida sublevación, en medio de un desfile militar, la cual tiene éxito gracias al arrojo de Dicky, quien asume su verdadera identidad y al apoyo del viejo general Pilar. El clamor popular pide, y obtiene, la caída del odiado Losada; en la revuelta, la multitud ha recordado que Losada fue el asesino del padre de Dicky.

*Coles y Reyes* presenta pues una gran diversidad de eventos, ambientes y personajes. En esa vasta galería va apareciendo, progresivamente, la representación de la *banana republic* de Anchuria. Es precisamente esta dimensión significativa la que resulta, desde la perspectiva actual, la más profunda e interesante.

#### IV

La representación de la *banana republic* construida por O. Henry en *Coles y Reyes* presenta cinco dimensiones diferentes, como se resume en el siguiente cuadro:

<i>Banana republic</i>	El trópico
	Las peculiaridades de las razas latinas
	La dominación neo-colonial a través de la corrupción
	La política como ópera cómica
	Un espacio territorial fragmentado

Las cinco dimensiones presentan también, en forma implícita, o si se quiere inconsciente, oposiciones binarias: el trópico versus las regiones templadas; las razas latinas versus las razas anglosajonas; la dominación neo-colonial versus la situación de un país independiente y poderoso; la política vista como un *vaudeville* versus una vida política racional y moderna; un espacio territorial fragmentado versus un espacio territorial unificado.

Veamos con cierto detalle cada una de estas dimensiones. El trópico es a la vez infierno y paraíso, pero sobre todo devora e incluso embrutece. Se lo dice el viejo irlandés Halloran al recién llegado Jimmy Clancy cuando éste comienza a trabajar en la construcción ferroviaria en Guatemala:

[...] ya el trópico te ha echado las zarpas. Estás rodeado de una selva amenazante, llena de animales de la peor reputación; leones [*sic*], monos y anacondas, todos acechando el momento de devorarte. El sol te da de plano y derrite la médula en tus huesos. Te vuelves igual que los comedores de lechugas de que hablan los libros de poesía. Te olvidas de todos los sentimientos elevados de la vida, tales como el patriotismo, la venganza, el deseo de rebelión, y la honesta ambición de una camisa limpia. Trabajas y bebes la sopa de kerosén y los brotes de caucho preparados por el cocinero *dago*.<sup>8</sup> Enciendes la pipa y piensas: la próxima semana me escapo. Y te echas a dormir diciéndote que eres un mentiroso, pues sabes que nunca lo harás. [...] La culpa la tiene el trópico. Es capaz de sorberle el organismo al hombre más fuerte (O. Henry 1944a: 118).

Los desterrados amorosos viven una imagen tropical mucho más idílica pero no menos inquietante. El cónsul Geddie piensa que finalmente “había logrado dominar el dolor que lo lanzara, desterrado voluntario, a este apartado país del loto”. Recordemos que la expresión “tierra del loto” remite al libro IX de *La Odisea*; en esa tierra extraña, los compañeros de Ulises que comieron del loto olvidaban todo y no querían seguir el viaje de retorno a sus hogares. Enseguida O. Henry nos indica los sentimientos de Geddie:

Bueno, para él ya esto no tenía importancia. Había probado el loto. Se sentía feliz y satisfecho en esta tierra del eterno mediodía. Los viejos tiempos de su vida en la patria se le antojaban un cuento exasperante. Deseaba que Ida fuera tan dichosa como él. El clima, tan dulce como el de la distante Avalon<sup>9</sup>: la ronda interminable e idílica de los días embrujados; la vida en medio de esta raza indolente y romántica, vida llena de música, flores y risas cadenciosas: la influencia cercana del mar y las montañas; las diversas variedades de amor, magia y belleza que florecían en las blancas noches tropicales: con todo esto se sentía más que satisfecho (29-30).

El trópico es pues infierno y paraíso, pero sobre todo tierra del olvido y la indolencia. Hay otros que no lo resisten del todo y huyen sin luchar ni intentar aprovecharse; en el fondo, les da asco, e identifican sus habitantes nativos como animales. Es el caso del detective Shorty O’Day:

Una tarde, a las cuatro más o menos, llegamos a la costa de los monos. En la bahía divisamos un barco de desgraciado aspecto, cargando plátanos. Los monos trasladaban el carga-

<sup>8</sup> Denominación despectiva de las razas latinas; el término aparece en el original en inglés.

<sup>9</sup> Isla paradisíaca en la leyenda del Rey Arturo.



mentos en grandes barcasas [...] El panorama era muy lindo. Nunca lo he visto mejor ni en los teatros neoyorkinos. En la playa encontré a un yanqui, un tipo alto y desparpajado, que estaba allí, entre los monos. Él me indicó la oficina del cónsul. [...] Después de oscurecer, me senté bajo un cocotero por un rato y más tarde me fui a dar una vuelta para inspeccionar un poco la ciudad. Era como para espantar a cualquiera. Sin duda era más sensato permanecer en Nueva York y ser honrado, que irse a deslumbrar con un millón a esa ciudad de monos. Sucias casuchas de barro; el pasto a la altura de los tobillos; mujeres con grandes escotes y mangas cortas fumando cigarros por las calles; sapos gigantescos croando con la fuerza de un carro de bomberos corriendo a un incendio; montañas inmensas desgranando cascajo en los patios traseros, mientras el mar lamía la pintura de las puertas... No, señor, era preferible vivir en la patria de la caridad pública y no allí (193).

¡“Costa de los monos”!; en 1904, la famosa polémica entre Las Casas y Sepúlveda sobre la humanidad de los indios parece tan viva como en 1550-1551

El momento es propicio para pasar a la segunda dimensión: las peculiaridades de las razas latinas. Pasamos de la determinación ambiental, visible en el trópico, a la determinación biológica, apreciable en el “espíritu de las razas”, algo muy propio del clima intelectual del cambio de siglo:

Las razas latinas [...] son particularmente aptas para ser víctimas del fonógrafo. Tienen un auténtico temperamento artístico. Les encantan la música, el color y la alegría. Le dan todo su dinero al organillero y hasta entregan la gallina de los huevos de oro cuando están varios meses atrasados en la cuenta del almacén y la panadería (O. Henry 1944a: 68).

A esto se une, casi enseguida, una aparente incompatibilidad con la tecnología y el progreso:

El maravilloso invento llamado fonógrafo –dijo– no ha invadido aún estas playas. La gente de este país no lo ha oído nunca. No creerían en él ni aunque lo oyeran. A estos sencillos hijos de la naturaleza el progreso no ha logrado jamás someterlos a la tarea de hacer las veces de un abridor de tarros para escuchar una obertura, y es muy posible que el *rag-time* los incite a una sangrienta revolución (70).

El episodio de la introducción del fonógrafo en Anchuria, cómico con un rápido desliz hacia el absurdo, adquiere así una importancia notoria. En él se aprecian los límites del mundo representado. El progreso técnico aparece en el fonógrafo, algo casi insignificante pero muy vistoso en el mundo de la segunda revolución industrial; en segundo lugar, el progreso aparece en un instrumento de diversión que, para los ingenuos y primitivos habitantes de Anchuria, tiene la propiedad de fascinar y asustar. La frase “es muy posible que el *rag-time* los incite a una sangrienta revolución”, es más que emblemática: el *rag-time* podría bien sustituirse por los dólares y armas distribuidos por la Compañía Frutera Vesubio, pero el efecto extremadamente realista –de hecho así sucede más tarde, en la caída del dictador Losada– eliminaría el elemento de asombro y de fascinación de los nativos. Estamos pues en el mundo de los espejitos y las cuentas de colores del primer choque colonial; como cuando el detective Shorty O’Day “confunde” a los habitantes de Anchuria con los monos. La relación entre colonizadores y colonizados es así no sólo asimétrica por la explotación: hay un elemento de superioridad expresado en la

burla con algo insignificante. La mezcla de miedo y asombro con que los habitantes de Anchuria reciben el fonógrafo es así el producto de un carácter ingenuo –“sencillos hijos de la naturaleza”–. De aquí, a la inferioridad racial, hay apenas un hilo, como lo veremos revelarse más adelante.

La sensibilidad latina también tiene otras particularidades:

Las razas meridionales carecen de ese humor especial que descubre un motivo de diversión en los defectos y desgracias con que la naturaleza nos aflige. A causa de esta incapacidad en su carácter, no se sienten incitados a la risa (como sus hermanos del norte) ante el espectáculo de una criatura deforme, de un cretino o de un demente (93).

Dicho de otro modo, en la cultura de las razas latinas no hay una codificación de la locura, la idiotez o la deformidad como enfermedad y/o rasgo de inferioridad. Esa misma “incapacidad” es lo que hace que los habitantes de Anchuria prefieran pagar al organillero sin cálculos económicos: la mentalidad de estas “razas latinas” es decididamente no capitalista.

La culminación final del episodio del fonógrafo es digna de Fitzcarraldo.<sup>10</sup> Cuando Mellinger decide regresar a Nueva York y abandonar Anchuria, saluda desde su velero a Billy y Jimmy al son del fonógrafo. Todo parece anularse y la vida queda suspendida en la magia tropical de la tierra del loto:

[...] y en ese preciso momento brotaron del velero claras y asombrosas notas, como si brotaran de la trompeta de un duende prodigioso. Bien podría haber sido una flauta feérica, suave, cristalina e inesperada, entonando con entusiasmo la melodía familiar del ‘Home, Sweet Home’. La escena era digna de la tierra del loto. Los dioses del mar y el trópico, el misterio que preside las navegaciones desconocidas y la magia de la música, desgranando sus notas sobre las aguas iluminadas, le prestaban un suave encanto (65).

La tercera dimensión del concepto se refiere a la dominación neo-colonial propiamente dicha. La primerísima imagen aparece en el prólogo, relatado por el “carpintero”. El trópico centroamericano fue antaño explotado por conquistadores, filibusteros y revolucionarios, y la región, aunque pequeña, nunca reconoció en serio a amo alguno. Hoy (en 1904):

Este juego prosigue aún. Los mosquetes de los piratas están silenciados pero el daguerrotipista, el bandido de la fotografía ampliada, el turista con su Kodak y la vanguardia de la gentil brigada de los buhoneros, la han descubierto y continúan la labor. Los pillos de Alemania, Francia y Sicilia trafican ahora con sus monedas en sus mesones. Caballeros aventureros pululan en las antecámaras de los gobernantes con proposiciones para instalar ferrocarriles y obtener concesiones (15).

Los explotadores son pues piratas modernos. La incorporación al mercado mundial capitalista está presente, no tanto como sistema estructural sino más bien en sus personajes cercanos: aventureros con los bolsillos vacíos que llegan para ver cómo los llenan de dinero:

<sup>10</sup> El famoso film de Werner Herzog (1982), ambientado en el Amazonas durante la fiebre del caucho.

Agregad a todo esto un poco de amor y argumento, y rociad profusamente este mosaico con dólares tropicales [...] y al cabo tendremos ante nosotros un trozo auténtico de vida [...] (15).

Frank Goodwin caracteriza así el medio extranjero en Coralio:

Existe una colonia norteamericana –dijo Goodwin, mirándola con cierta sorpresa–. Algunos de sus miembros son excelentes personas. Otros son fugitivos de la justicia yanqui. Recuerdo a dos presidentes de banco exilados, un pagador del ejército caído en desgracia, algunas asesinas y una viuda..., entiendo que, en su caso, las sospechas indicaban el uso del arsénico (55).

Y los personajes que desfilan por el libro, desde Billy Keogh hasta Jimmy Clancey, pasando por Homero P. Mellinger, Frank Goodwin, y el fugitivo J. Churchill Wahrfield, corresponden perfectamente a esta caracterización. Los interlocutores locales de estos estadounidenses aventureros son personajes bien delineados pero secundarios: son más bien el pretexto para las aventuras y picardías de los extranjeros. Otros son silenciosos, como los negros caribes o garífunas que trabajan cargando bananos o como la mayoría de los habitantes de Coralio; parecen más bien una decoración de fondo que se confunde con el paisaje.

El gobierno y la política de Anchuria están invadidos por la corrupción, tal como lo explica Homero P. Mellinger:

Tengo el cargo de secretario privado del presidente de este país, y es mi deber velar por la seguridad de su gobierno. Mi nombre no aparece en las listas, pero no por eso dejo de ser la mostaza en el aliño de la ensalada. No pasa una ley al Congreso, no se otorga una concesión ni se establece un impuesto importante sin que Homero P. Mellinger lo cocine y lo sazone. En el bufete presidencial, lleno el tintero de su excelencia y registro a los visitantes políticos, en busca de dagas y dinamita; pero, en un cuarto interior, dicto la política del gobierno. No podrán adivinar jamás en qué forma conseguí este cargo. [...] Recuerdan el viejo refrán [...] “La honradez es la mejor política”? Eso es todo. Decidí explotar la honradez como un filón. Soy el único hombre honrado en toda la república. El gobierno lo sabe, el pueblo lo sabe, los inversionistas extranjeros lo saben, los coimeros lo saben. Yo ayudo a conservar la fe en el gobierno. [...] Mantengo aquí un monopolio de transacciones honradas. No tengo competidores (72-73).

Que Mellinger sea al mismo tiempo el único honrado y la eminencia gris del gobierno no sólo resulta increíble; es algo contradictorio. Parece más bien un recurso literario para enfatizar que todos son corruptos y que la honradez es una virtud particularmente escasa. Más allá de esto, lo que se entiende por honradez se deja a la definición del lector, es decir, a un criterio ético puramente individual. No hay en la novela de O. Henry ningún valor referido a la transparencia en la toma de decisiones, ni al apego a las leyes. Más bien, como veremos pronto, el marco legal de la *banana republic* parece ser volátil y cambiante, como ocurre con los gobiernos.

Las intervenciones de los Estados Unidos, al comienzo de la política del Big Stick son claras:

Cuando Billy y Henry llegan con el fonógrafo a Solitas, el cónsul norteamericano les dice:

Lo mejor que os puede suceder es que el pueblo no despierte cuando toquéis. Pueden tomar las cosas de dos maneras diferentes [...]. Pueden caer en un éxtasis de atención [...] o bien pueden excitarse, interrumpir la clave musical con un hacha y lanzaros a una mazmorra. En el último caso [...] cumpliré con mi deber cablegrafiando al Departamento de Estado, os envolveré en listas y estrellas cuando os lleven a fusilar y amenazaré a los nativos con la venganza de la primera nación exportadora de oro y poseedora de la mayor reserva financiera del mundo. Mi bandera está llena de orificios –comentó– practicados en esta forma. Dos veces ya he tenido que cablegrafiar a nuestro gobierno para pedirle un par de barcos de guerra para proteger a ciudadanos norteamericanos (70).

En el comentario del cónsul aparecen primero las ya presentadas posibles reacciones de las “razas latinas” ante el fonógrafo, con la advertencia de que pueden incluso llevar a Billy y Henry ante un pelotón de fusilamiento. Luego se explicitan la amenaza imperialista y el modo de ejercer el Big Stick, a través del envío de un par de barcos de guerra. La frase “mi bandera está llena...” es una advertencia de que más de un gringo ha sufrido este destino del fusilamiento; lo que no se dice –y esta omisión resulta particularmente sensible– es que fusilamientos de ese tipo nunca ocurrieron por nimiedades.

Estas intervenciones deben verse a la par de las intrigas de las compañías bananeras para quitar y poner gobiernos. Un diálogo entre el enviado de la Compañía Vesubio y el señor Espiridión del Ministerio de Hacienda de Anchuria es más que sintomático:

–¡Su ofrecimiento es una ofensa para mi gobierno! –exclamó el señor Espiridión, levantándose indignado.

Entonces, lo cambiaremos –dijo el señor Franzoni en tono de advertencia.

El ofrecimiento no fue cambiado. ¿Se habría referido al gobierno el señor Franzoni? (183).

Más claro es todavía el comentario del capitán Cronin luego del derrocamiento de Losada, casi al final de la novela:

–Es maravilloso poder, en estos días, derrocar un gobierno y colocar otro en su lugar, a su antojo –comentó Cronin, en tono ligeramente irónico (190).

El episodio de los impuestos al racimo de banano exportado es quizás el mejor ejemplo de cómo se estructura y opera la dominación neo-colonial:

[...] el más grave error político de su administración fue colocarse en posición antagónica con la Compañía Frutera Vesubio, dueña de doce barcos y con un capital bastante superior a las deudas y el haber reunidos de la república de Anchuria. Era razonable suponer que una institución poderosa como la Compañía Vesubio se irritaría al comprobar que una nación insignificante y débil pretendía explotarla. Así, pues, cuando los apoderados del gobierno solicitaron un subsidio, se enfrentaron a una cortés negativa. El presidente tomó inmediatamente represalias aplicando un derecho aduanero de exportación de un real por racimo de banano, hecho sin precedentes en la historia de los países fruteros.[...] El precio de venta de los bananos, desde Veracruz hasta Trinidad era de tres reales por racimo. Este nuevo impuesto de un real habría arruinado a los plantadores de Anchuria y producido grandes trastornos a la Compañía si ésta hubiera rehusado pagarlo. Pero por ciertos motivos, la Compañía Vesubio siguió comprando la fruta anchuriana a cuatro reales, sin permitir que los plantadores sufrieran la pérdida (181-182).

Los “ciertos motivos” se aclaran más tarde. La Compañía busca al hijo de Olivarra (Dicky Malone) y organizan una rebelión. Cuando ésta tiene éxito y cae Losada, uno de los ejecutivos de la Compañía comenta:

—¡Oh!, no es más que cuestión de dinero —aseguró Vincenti, deteniéndose a ofrecer la colilla de su cigarro a un mono que se balanceaba en un limo—. Y eso es lo que mueve al mundo moderno. No se podía tolerar ese real suplementario en el precio de los bananos. Escogimos el camino más corto para desembarazarnos (190).

La cuarta dimensión se refiere a las modalidades de la política en la república bananera: ésta no se parece ni siquiera a un drama, es apenas una ópera cómica. Y expresiones como “ópera cómica”, “*opera bouffe*”, “*vaudeville*” y “opereta” para referirse a la política latinoamericana, por cierto que han hecho fortuna después de la publicación de la novela de O. Henry.

En *Coles y Reyes* el primer elemento de esta dimensión son las revoluciones. Dice Smith:

Ando recorriendo estas costas nada más que para darme una idea de lo que son los países donde se producen el caucho, la pimienta y las revoluciones. No me imaginaba que esto fuera tan pintoresco (40).

Y cuando Jimmy Clancy cuenta su historia afirma:

Fue en Guatemala entonces, la caliente, donde estuve haciendo revolución. Se puede encontrar este país en el mapa. Está por la región de los trópicos. Gracias a la previsión de la providencia, se encuentra junto al mar, de manera que los geógrafos han podido escribir el nombre de sus ciudades en el agua (111).

Reencontramos pues la asociación entre trópico y revolución. La inestabilidad política, el cambio caprichoso de gobierno, parecería ser algo inherente al paisaje del tropical, una condición casi natural, y también propia de las “razas latinas”. Pero al lado de este determinismo ambiental y biológico aparecen también otras causas:

[Mellinger dice] A veces me siento asqueado de este país. Todo está podrido. Desde los gobernantes hasta el último recolector de café se lo pasan imaginando la manera de echar abajo a sus compañeros y robarles el dinero. Si un arriero de mulas se saca el sombrero ante un funcionario, éste se imagina que es un ídolo popular y comienza a trazarse un plan para provocar una revolución y derrocar al gobierno. Una de mis pequeñas obligaciones como secretario privado es olfatear a tiempo las asonadas y desbaratarlas antes de que lleguen a tocarle un pelo a la propiedad del gobierno. Precisamente por eso me encuentro ahora en este puerto enmohecido (74).

Y el honradísimo Mellinger también nos ayuda a descubrir quiénes están detrás de estas intrigas:

Es un grupo de tíos listos [se refiere a quienes preparan un complot]. Los capitaliza un sindicado extranjero del caucho y están armados hasta los dientes para sobornar. Estoy harto de ópera cómica —continuó Mellinger—. Quiero oler el East River y usar tirantes otra vez... (74).

Lo que no resulta claro en todo esto es la similitud con una ópera cómica. Formalmente, la situación se parece más a un drama; y la combinación de traiciones, sobornos y ambiciones, presentes casi siempre en este tipo de episodios parece ser más bien digna de una tragedia shakespeariana. Al convertir el drama en comedia intrascendente se trivializa la situación y se pasa a un mundo donde no hay culpables ni responsables, más allá de virtudes y picardías individuales. También hay un efecto tranquilizador de la conciencia: una ópera cómica no puede dañar a nadie, y la diversión es, por definición, sana. Más allá de la distracción y los disfraces, la explotación neo-colonial queda disculpada (disuelta) y los eventos narrados quedan reducidos a las pícaras aventuras de algunos gringos en la tierra del loto.

Y de las revoluciones surgen los dictadores:

El presidente Losada –muchos lo llamaban dictador– era un hombre cuyo talento lo habría hecho sobresalir aun entre anglosajones, sino hubiera adolecido su carácter genial de otros rasgos que resultaban mezquinos y destructores. Tenía algo del altivo patriotismo de Washington (el hombre que más admiraba), la vitalidad de Napoleón y mucho de la prudencia de los sabios. Estas características podían justificar su aceptación del título de ‘Ilustre Libertador’, sobre todo si no hubieran ido acompañadas de una estupenda y prodigiosa vanidad que lo mantenía en el nivel menos cotizado de los dictadores. A pesar de esto, rindió grandes servicios a su patria. De un poderoso tirón la arrancó casi por completo de las cadenas de la ignorancia, la indolencia y las pestes parasitarias que la devoraban, confiriéndole rango de importancia en el cortejo de las naciones. Fundó escuelas y hospitales; construyó caminos, puentes, ferrocarriles y palacios, y otorgó generosos subsidios para el fomento de las artes y las ciencias. Era el déspota absoluto e ídolo de su pueblo. Toda la riqueza del país se volcaba en sus manos. Otros presidentes fueron rapaces sin motivo. Losada amasaba una fortuna fabulosa, pero el pueblo participaba de sus beneficios. El punto débil de su armadura era su pasión insaciable por los monumentos y las medallas conmemorativas de su gloria. En cada ciudad hacía erigir su estatua adornada de largas leyendas, que celebraban su grandeza (154-155).

La quinta dimensión de la *banana republic* es un espacio fragmentado que trasciende las fronteras nacionales. Anchuria (Honduras) se localiza en el istmo centroamericano pero cobra sentido frente al espacio marítimo del Caribe y el golfo de México. Internamente, la costa tropical, con los puertos de Coralio y Solitas, contrasta con el interior montañoso donde se encuentra San Mateo, la capital de Anchuria; Nueva Orleans y Nueva York, los puertos que reciben los embarques de banano, y los barcos que realizan el recorrido completan la geografía. Los vínculos con el sur de los Estados Unidos son también notables: la mayoría de los personajes gringos de la novela vienen de allí o de Nueva York. El espacio en cuestión es multiétnico, con lazos que se vienen tejiendo desde el siglo XVII. Y como es bien conocido, a partir de 1898 pasa a ser el patio de atrás de los Estados Unidos: es precisamente entonces cuando cobran pleno desarrollo las *banana republics*.

## V

Podemos intentar ahora cerrar el círculo. En un momento del relato, Billy Keogh dice: “este almacén de frutas y especias que han dado en llamar un país” (O. Henry 1944a: 66).

Y Goodwin, sonriendo, describe así el puerto de Coralio:

No es precisamente una ciudad [...] Un pueblo bananero, según afirman. Chozas de caña, de adobe, cinco o seis casas de dos pisos, habitaciones limitadas, población de mestizos, españoles e indios, caribes y negros, ningún paseo ni diversión que recomendar. Más bien inmoral. Naturalmente, no es éste sino un cuadro a grandes rasgos (55).

El progreso, traído por los extranjeros, tiene algo de satánico. El fonógrafo puede asombrar a los nativos pero también despertar revoluciones. Hay algo de determinación fatal en estos paisajes donde la tierra del loto se combina con la indolencia de las “razas latinas”. Y el otro resultado del despertar del trópico dormido es la corrupción más desmedida, matizada con intervenciones y revoluciones. Pero en ese ballet colorido, la música y buena parte de la acción es la obra de aventureros pícaros, gringos de la frontera en busca del *american dream*. La ópera cómica sigue su curso en “este almacén de frutas y especias que han dado en llamar un país”.

La *banana republic* de O. Henry nos asombra por la perspicacia y certeza de su visión. En 1904 anticipa episodios como los conflictos por los impuestos sobre el banano exportado, las intervenciones de los Estados Unidos y las correrías de algunos compatriotas. El que escribe es no sólo un hábil artista sino también un informado periodista; su trayectoria vital azarosa, lo llevó sin duda a percibir límites y fronteras como pocos. Al final, la *banana republic* de O. Henry no queda en un absurdo incomprensible; el autor prefiere la risa.

## Bibliografía

- Clarkson, Paul S. (1935): “A Decomposition of *Cabbages and Kings*”. En: *American Literature*, VII, pp. 195-202.
- Collins (2004): *Collins English Dictionary*. New York: Harper Collins.
- Eijenbaum, Boris (1968 [1927]): *O. Henry and the theory of the short history*. Ann Arbor: Michigan Slavik Publications. Original publicado en ruso.
- Hirsch, Eric D. et. al. (2002): *The New Dictionary of Cultural Literacy*. Boston: Houghton Mifflin Company, Third Edition.
- Henry; O. (2002 [1904]): *Cabbages and Kings*. With an Introduction and Notes by Guy Davenport. New York: Mattituck. Reimpresión de la edición de 1993 publicada por Penguin Books.
- (1923): *Picaresca sentimental: la vida en los Estados Unidos*. Trad. Carlos Pereyra. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1944a): *Coles y Reyes*. Trad. Lillian Lorca. Santiago de Chile: Editora Zig-Zag.
- (1944b): *Los pícaros sentimentales (The Gentle Crafter)*. Trad. Lillian Lorca. Santiago de Chile: Editora Zig-Zag.
- (1954): *Cuentos de Nueva York*. Trad. León Mirilas. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- (1979): *Lágrimas y risas*. Trad. Luis A. Jiménez. México. D. F.: Roca.
- Petsko, Gregory A. (2002): “Comment: Banana Republic”. En: *Genome Biology*, Vol. 3, N.º 12, <<http://genomebiology.com/content/pdf/gb-2002-3-12-comment1016.pdf>> (15.01.2006).
- Romero Sanabria, Aníbal Antonio (1998): *De la tierra sin mal a la... republiqueta Bananera*. Asunción: edición del autor.